

Crisis política y campaña electoral: peronismo y unionismo en la perspectiva de la comunicación política (enero-febrero de 1946)

Political crisis and electoral campaign: peronism and unionism from
the perspective of political communication (January-February 1946)

Esteban Chatelain

estebanchatelain@gmail.com

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

RAIGAL. Revista Interdisciplinaria de Ciencias Sociales
Nº10, Abril de 2023 - Marzo de 2024 (Sección Artículos, pp. 72-85)
e-ISSN 2469-1216
Villa María: IAPCS, UNVM
<http://raigal.unvm.edu.ar>
Recibido: 25/05/2023 - Aprobado: 22/07/2023

Resumen

El artículo se propone revisar las intervenciones discursivas que tuvieron lugar en los meses de campaña previos a las elecciones presidenciales del año 1946 en argentina, con el objetivo de establecer algunas precisiones respecto de los perfiles ideológicos que se definieron, así como las potencialidades y limitaciones electorales de cada uno de sectores que se enfrentaron en relación con esta variable. Por último, se ensayará una conclusión respecto de la influencia histórica de este proceso.

Palabras clave: campañas políticas; peronismo; unionismo; comunicación política; elecciones presidenciales 1946

Abstract

This article aims at reviewing the discursive interventions that took place in the months of campaigning prior to the presidential elections of 1946 in argentina, with the purpose of establishing some precisions regarding the ideological profiles that were defined, as well as the electoral potentialities and limitations of each of the sectors that confronted each other in relation to this discursive variable. Finally, a conclusion will be drawn regarding the historical influence of this process.

Keywords: political campaigning; peronism; unionism; political communication; presidential elections 1946

Crisis política y campaña electoral: peronismo y unionismo en la perspectiva de la comunicación política (enero-febrero de 1946)

Introducción

“El acontecimiento es una actualización única de un fenómeno general, una realización contingente del modelo cultural; observación que puede ser una buena caracterización de la historia toutcourt.”
(Sahlins,1997:9)

¿Cuál es la importancia de estudiar la historia de las campañas electorales?, una respuesta posible a este interrogante se vincula particularmente con la dimensión de crisis política.

Lo que define a una situación de crisis política es la incertidumbre respecto de la titularidad del gobierno del Estado, ya sea porque no existe legitimidad suficiente para apuntalar al elenco de personajes que lo ejercen, o porque se produce una situación de vacancia en esa titularidad, lo que desata una consecuente lucha por el poder por fuera de todo marco legal o acuerdo. La problemática refiere entonces a otra más amplia, vinculada con la de la autoridad política, entendida siguiendo a (Arendt, 2006) como esa capacidad, emparentada a una construcción relacional, de coordinar efectivamente a través del Estado las acciones de un grupo o comunidad.

Siguiendo estos lineamientos, las crisis representan las coyunturas históricas específicas donde se reconstruyen esquemas de autoridad, puestos en cuestión en la lucha por el reposicionamiento de los distintos actores del sistema político, respecto de nuevos diseños de flujos de poder.

Si bien la noción misma de campaña electoral presupone la vigencia de un ordenamiento institucional plenamente operativo, lo que la asocia especialmente con las crisis políticas es en todo caso su función de definición de nuevas titularidades para el gobierno del Estado o la ratificación de las existentes-, sumada al ethos de incertidumbre que genera-, todo ello efectivizado además en el despliegue más genuino de la práctica política propiamente dicha.

Las campañas electorales pueden ser analizadas por lo tanto como coyunturas de crisis políticas controladas y pautadas institucionalmente, esto implica la puesta en marcha de aquellos contextos donde se redefinen o ratifican los diseños de los flujos de poder existentes en el seno de las sociedades. A esta dimensión “estructural” se debería sumar necesariamente una simbólica, cultural o significativa, vinculada con las representaciones que se producen en este proceso, donde “se publican” los conflictos que agitan a una comunidad, sus clivajes fundamentales, y se instalan frecuentemente hitos culturales que redefinen las interpretaciones que se da a sí misma la sociedad. Hay así algo de “performativo; un ‘estado de cosas’ creado por los actos mismos que lo significan” (Sahlins,1997:36) en los interludios electorales, que los emparenta con las crisis políticas. En este sentido son ejemplos notables para indagar respecto de lo que una sociedad fue y ya no será, o como contracara, para percibir el asentamiento –muchas veces impetuoso o violento- de nuevas pautas de relación o líneas de fractura a partir de las cuales se encauzaran los conflictos que se proyectaran en el futuro.**El marco del debate**

La violencia como práctica política

La campaña electoral de enero y febrero de 1946 fue probablemente una de las más violentas de la historia argentina. El hecho de que las autoridades militares hayan accedido a levantar el estado de sitio -que se había mantenido casi sin interrupciones¹ desde la asunción del presidente Castillo en 1941- solo por 48 horas luego de entrar en vigencia el período de veda electoral (Los principios. Tapa. 23 /02/ 1946), indica que la situación interna del país era entendida por el gobierno dictatorial como de una gravedad extrema. Aunque ya claramente a la defensiva y esforzándose por realizar concesiones a los partidos, a principios de 1946 el gobierno de facto todavía se empeñaba en mantener la medida de excepción.

Este clima de violencia, que se venía agudizando desde 1944, tuvo en los enfrentamientos de 1945 un punto cercano al paroxismo, especialmente a partir del golpe palaciego encabezado por el general Ávalos, responsable del destacamento de Campo de mayo, que había terminado abruptamente con la carrera ascendente del coronel Perón hacia el interior del elenco dictatorial. El frustrado golpe, que concluiría con la conocida movilización obrera que liberó al ex vicepresidente de su encierro, marcaría un proceso que analizaremos de múltiples maneras: en principio hizo pública la división irremediable en el elenco militar y el agotamiento de su experiencia gubernamental, lo que desató a los partidos e inició, todavía informalmente, la lucha por el poder estatal.

Continuando, los pormenores de la aventura de Ávalos franquearon por defecto la emergencia del peronismo como alternativa partidaria, ya que luego de la movilización masiva del 17 de octubre nadie dudaba -y especialmente sus apoyos sindicales-, que el coronel y exministro de trabajo se había posicionado ineludiblemente como la principal figura política del país y, por tanto un candidato por demás competitivo, al que solo faltaba dotarlo de una estructura partidaria formal.

Aunque operaron como un potente vendaval que arrasó por completo toda certeza sobre la suerte del ya desbocado proceso político nacional, los hechos de octubre de 1945 de alguna manera institucionalizaron un nuevo clivaje que venía abriéndose camino en los dos años previos. Cuando el exsecretario de trabajo y previsión había instalado, a través de una red de dependencias provinciales, un debate erizado sobre la cuestión social; un formidable aparato de legitimación política paralelo al propuesto por el ordenamiento liberal desde 1853, basado en la movilización de los obreros sindicalizados del país que los incorporó acelerada e irremisiblemente al sistema político como agente de primer orden; y una eficientísima plataforma publicitaria destinada a transformarlo en la persona más odiada y admirada del país a un tiempo.

Frente a esta figura en ascenso y ocupando el centro del cuadrilátero, una sociedad de clase media movilizada y apoyada esencialmente en el estudiantado universitario reformista, con una dirigencia partidaria sin un líder claro y sometida a una actividad formal intermitente por las sucesivas oleadas represivas emprendidas desde el gobierno dictatorial², se debatía entre una actitud de resistencia casi constante -interrumpida por violentos contraataques, que aunque nunca harían caer al rival, eran lo suficientemente severos como para alterar sus estrategias, forzándola a improvisar y puliendo sus naturales aptitudes adaptativas con cada nuevo intercambio de golpes-.

Para este sector el fracaso definitivo de la asonada de Ávalos fue el punto de partida de una serie de lecciones que ciertamente nunca pudo comprender. En primer lugar, la de que sin un liderazgo efectivo su fuerza se diluía en la impotencia³, frente a un rival que hacía gala de un personalismo

¹ Fue levantado por el ministro del interior Hortensio Quijano a principios de agosto de 1945, para volver a ponerse en vigencia a finales de setiembre de ese año, en medio de un clima de convulsiones casi sin precedentes que desembocaría en el encarcelamiento del secretario de trabajo.

² El 1 de enero de 1944 la dictadura decretó la disolución de los partidos y confiscó sus ficheros, poniéndolos así en un congelador temporal del que solo saldrían por completo a mediados del año siguiente. Los pormenores de la maniobra en: *Los principios*. Lunes 3 de enero de 1943. Tapa.

³ Este ordenamiento se plasmó quizá más dramáticamente que nunca en los entretelones de las desinteligencias entre Ávalos y su socio Sabattini con el resto del arco partidario, particularmente el unionismo, que descartó taxativamente la vía conspirativa para tornar a la normalidad constitucional. Poniendo al jefe de campo de mayo contra la espada y pared, al condenarlo sin remedio a la imposible aceptación de condiciones que el resto de los militares evidentemente rechazarían de plano, consistentes llanamente en la delegación inmediata del poder a la corte suprema de justicia de la nación. Estas

exacerbado, encontrando en su agilidad de movimientos su principal recurso.

Tal vez este predicamento explique la siempre creciente dosis de odio que exudarían sus partidarios respecto de su hábil contrincante, que no dejaba de reponerse de los golpes más duros que podía ensayar un enemigo, sin dudas temible, pero también pesado y oscilante.

Cuando Ávalos y sus tentativas pasaron a la historia, la frágil dictadura de Farrell, ahora con un Perón digitándola a control remoto en las sombras y preparando apresuradamente su rol de candidato presidencial, entendió claramente que la justa por venir sería definida en buena medida por el candidato que más rápidamente organizara sus filas.

Plenamente consciente de los problemas pasados, presentes y eventualmente futuros de coordinación de sus rivales -encaminados a revivir a finales de 1945 una problemática alianza inter partidaria emergida del contexto pre-dictatorial- el gobierno decretó, sobre el filo del convulsionado año de 1945, un nuevo beneficio para los trabajadores sindicalizados que consistía en un sueldo anual complementario, cuyo nombre sería acaso la palabra más repetida del primer mes de 1946: el aguinaldo.

Este beneficio operó como una estrategia electoral destacable. Más allá del efecto inmediato de acrecentar en nombre del gobierno los ingresos de los trabajadores con fondos que no le pertenecían, obligó a una oposición de clase media que se refugiaba en una caracterización cada vez menos plausible de la dictadura y su candidato como los representantes de un inefable intento por construir un Estado totalitario en América Latina, a pronunciarse sobre la política social, que históricamente representada en la figura del segundo, venía desplegando la experiencia que terminaba.

El aguinaldo simbolizó, por lo tanto, un golpe de mano económico y mediático de un elenco a la sazón en retirada por controlar, desde los preliminares de la pelea de fondo, el temario del debate que se produciría en la campaña electoral. Bloqueando adicionalmente, al menos por unas semanas, el despliegue discursivo imponente de una oposición que contaba entre su principal capital el apoyo irrestricto de casi toda la prensa del país.

De esta manera, ya nadie se asombraba de que en la primera semana del año 1946 el clima electoral ardiera con inusitada fuerza para una época del año, en general, caracterizada por la quietud en las grandes ciudades. La cercanía de la fecha de las elecciones, previstas para el tercer fin de semana del mes siguiente, había instalado una atmósfera cada vez más difícil de respirar. Desde las páginas del matutino clerical Los Principios se alertaba sin reparos contra lo que se entendía como una *“campaña de odios”* instalada desde el propio gobierno: *“...no es la primera vez que en el país se hace demagogia desde arriba, pero nunca hasta ahora se había incitado desde arriba a la violencia, nunca hasta ahora, la violencia había encontrado en la autoridad encargada de mantener el orden la más eficaz de las colaboradoras...”* (Los principios. P.4. 3/01/1946). Aunque la compulsa ya estaba evidentemente en marcha, era su extraña e impredecible combinación con la política social la que al parecer explicaba el espiral de odio de clases que estaba emergiendo inconteniblemente:

[...] ayer se repitieron en Córdoba algunos hechos que aunque aislados y de poca importancia material, tienen un hondo significado. Recordemos, para darles toda la importancia que tienen, que al anunciarse que los empleadores declaraban que no estaban en condiciones de cumplir el inconsulto e ilegal decreto de las remuneraciones, circuló de inmediato la voz -sería de más propiedad decir la consigna- de que de inmediato se iniciaría un movimiento obrero que iría creciendo gradualmente. Ese movimiento podía asumir caracteres singularmente violentos, sobre todo si los patronos llegaban al cierre de sus establecimientos. Contemporáneamente el líder del movimiento incitaba a la tranquilidad; pero...invitaba, también, a tomar por sus manos lo que se les negara pacíficamente; porque y la frase fue poemática...para eso eran hombres. Los rumores callejeros -los rumores no nacen solos, alguien los echa a andar- añadían que los obreros estimulados por esas palabras, demostrarían que eran hombres lanzándose a la conquista violenta de lo que el gobierno ha dispuesto concederles [...] (Ídem).

alternativas están vívidamente descriptas en: Tcach, César (2006). Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1946). Editorial Biblos. Córdoba. Pp. 45- 60) y Luna, Félix (1984): *El 45*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana. Pp. 255-260.

Vale la pena reproducir este extenso párrafo, no solo porque exuda información, sino porque transmite con particular intensidad y dramatismo la atmósfera de tensión y temor que existía en un amplio sector de la clase media en los albores de la campaña electoral de 1946.

Como vemos, para los últimos era ya evidente la estrategia dictatorial de utilizar a los obreros como grupos de choques, consignados a enfrentarse con una clase media empecinada en oponerse rabiosamente desde siempre:

[...] el obrero argentino es y ha sido siempre pacífico, sufrido como pocos, ha hecho la grandeza del país, prestando su colaboración esforzada a las empresas...antes de aparecer esta nueva corriente, meramente política, había paz. Ahora se ha desatado la guerra. Los obreros no pedían nada. Pero alguien ha venido con su equipaje cargado de promesas, hinchado de utopías y despertó sus lógicos deseos de vivir mejor. Y alguien vio un filón inexplorado: disponiendo de poderes discrecionales le sería fácil apoderarse de las voluntades [...] (Ibidem).

Son conmovedores estos razonamientos, que tal vez movidos por la desesperación más impetuosa, no titubean en plantear la imposible necesidad de retroceder los relojes de la historia para posibilitar a aquellos que *“lógicamente quieren vivir mejor”*, vuelvan a su anterior condición de humillados, que a despecho de cualquier pensamiento racional, parece entenderse como la única ofrenda capaz de restituir la paz perdida.

Más allá de estas dificultades de apreciación, que como veremos más adelante jugarán un rol central en el desarrollo de la campaña, este enfrentamiento presentado como irreductible se traduce muy fantásticamente en una dimensión presente en el primer párrafo. Este se vincula con aquellas referencias hechas respecto de la abundancia de *temores* y *rumores* que circulaban sin control entre los contendientes, sumando histeria y pánico a cada paso de un proceso que sin embargo solo estaba comenzando: “[...]como el asunto no quedo solucionado ayer, sino que está meramente postergado, es del caso preguntarse qué ocurrirá cuando el movimiento alcance a todos los gremios...por este camino ¿adonde llegaremos?” (Ibidem).

Tres días después el desesperado interrogante comenzaba a despejarse a través de una amenaza, hecha esta vez por la bolsa de comercio de Buenos Aires, de lanzar el temido *lockout* patronal si no se operaba gubernamentalmente sobre lo que se entendía como *“ambiente de amenazas”*. Por su parte, los obreros ya se organizaban en todo el país para petitionar por su aguinaldo, en un lenguaje que no hacía más que confirmar los peores temores de sus “patrones”:

[...] ¿qué hacemos?... otras personas también haciendo coro prorrumpieron en exclamaciones “a la huelga a la huelga” a lo que el señor Borlenghi contestó que los trabajadores debían conducirse con orden y disciplina y que “la oligarquía desea que se produzcan desórdenes para evitar que haya elecciones. Pero tenemos que facilitar que haya elecciones”. Declaró Borlenghi en medio de los aplausos de la concurrencia, que prorrumpió en ésta como en otras ocasiones en vítores al coronel Perón...Al dar término a su exposición el orador recomendó a los trabajadores a actuar ordenadamente para evitar que se produjeran perturbaciones...finalizó el acto improvisándose manifestaciones callejeras que recorrieron las calles Corrientes, Callao y otras vías de tránsito prorrumpiendo vítores al coronel Perón. La policía en algunas oportunidades disparó bombas de gases para dispersar al público [...] (Los principios. Tapa. 8 /01/ 1946).

La publicación de este episodio -los medios excluían sistemáticamente las reuniones políticas de quienes ya definían con desprecio como “peronistas”-, permite certificar que era cada vez más complicado para la dirigencia gremial sostener el ímpetu militante de sus afiliados que, como advertimos, no distinguían la defensa de sus intereses económicos más inmediatos -sintetizados en el flamante aguinaldo-, de la participación enérgica en la campaña a favor de su candidato.

Esta imbricación le garantizaba al último una presencia necesaria, sino en los medios de prensa que solo se ocupaban de su figura para asociarla con hechos de violencia, al menos en la calle —o en las

vías-, en la forma de una multiplicidad de actos proselitistas espontáneos:

[...] regresó a esta capital el general Perón...en la última parte del trayecto en las estaciones suburbanas del ferrocarril pacífico, numerosas personas, en su gran mayoría mujeres y jóvenes se agolparon para saludar al viajero, ascendiendo muchos muchachones a la locomotora y al techo de los vagones provistos de banderas y camisas que enarbolaban a manera de enseñas. Con el propósito de detener al convoy para hacer objeto al coronel Perón de manifestaciones de simpatías, aquellas personas se colocaron en diversos puntos frente a la máquina conductora del tren...la imprudencia del público determinó que en la estación Caseros fuera alcanzado por la locomotora un hombre joven que murió instantáneamente [...] (La voz del interior. P.4.29 /01/1946).

Es sorprendente esta escena que refleja el fanatismo desbordado por una alternativa política, que hasta ese momento no componía mucho más que la figura de un hombre viajando en un tren, quien además era el objeto de una ignominiosa campaña publicitaria negativa –el recuadro en el que aparece este párrafo está marginado al costado de un titular que reza: “*grandiosa fue la recepción a Tamborini y Mosca en Rosario*”, y que ratifica plenamente su ascendiente sobre aquellos que estaban muy lejos de caer bajo la influencia de la prensa.

Mientras, los candidatos tropezaban con un sinnúmero de dificultades a la hora de encarar sus giras por el paro de transportes⁴, y el conflicto de clases que oponía a obreros y patronos parecía no encontrar un techo.

En este marco enfrentaron sus giras los candidatos y por supuesto el clima de violencia no tardó en trasladarse a los actos que las jalonaban. En la cobertura periodística se haría hincapié siempre en el sector peronista como su iniciador, pero lo cierto es que por todos lados afloraban datos que de parte de los dos bandos la disputa se vivía como una lucha a muerte:

[...]La casa radical ha dado a conocer el siguiente comunicado: ...en forma sistemática tanto los componentes de los partidos adversos, como muchos agentes uniformados, extrajeron carteles de la UCR, que solo contienen nombres de los candidatos. Ello provoca la consiguiente reacción, que siempre motiva la impunidad de los autores y la persecución de los que legítimamente protestan...grupos regimentados y armados a vista y paciencia de las fuerzas públicas proceden violentamente, hiriendo gravemente o intimidando a nuestros correligionarios, que ejercitan el legítimo derecho a una propaganda serena y levantada. Ha habido casos en los que se palpó de armas a nuestros correligionarios y nada hizo la policía de su dependencia con los contrarios que las exhiben y las usan sin la menor dificultad. Se diría que lo único que se procura es asegurar que nuestros afiliados se hallen inermes, a fin de colocarlos a merced de los adversarios[...] (La voz del interior. P.5. 18 /02/ 1946).

Mientras esto ocurría con los militantes, por su parte, los candidatos poco hacían para moderar los tonos y por el contrario agitaban posiciones irreductibles sin ningún pudor:

[...]el coronel Perón entre otras cosas dijo...si las fuerzas del contubernio triunfan, sepa el pueblo la miseria y la angustia que espera al país, eso fue lo que intentó Braden contra el pueblo cubano. En consecuencia, sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista, que con ese acto entregan sus votos a Braden. La disyuntiva es Braden o perón...”. “...Dr José p. Tamborini:...tendremos que realizar la reeducación espiritual de sectores de una generación, que imitando actitudes foráneas o cumpliendo consignas extranjeras, creen poder llamarse nacionalistas, creando el tremendo equívoco de una sinonimia entre nacionalismo y despotismo...políticamente queremos que desaparezca del escenario de la vida pública argentina esta impudicia de montar oficinas públicas del estado, para convertirlas en arsenales electorales o en oficinas de reclutamiento de agresores impunes...Conciudadanos: os he hablado, no como candidato a presidente de la nación, sino como el más modesto de los soldados enrolados en esta cruzada que podemos llamar sin énfasis libertadora[...] (Los principios. P.2.13 /02/ 1946).

Como podemos observar, “el rol de traidores al servicio del extranjero” que se adjudica al rival

⁴ El binomio unionista Tamborini- Mosca debió postergar el inicio de su gira por el interior a instancias del paro ferroviario que se extendió por días (La voz del interior. Lunes 14 de enero de 1946.P.4). El que sería tal vez el periplo electoral más accidentado de la historia política nacional, finalmente se inició formalmente una semana después, casi a un mes del comienzo de la veda electoral (La voz del interior. Lunes 21 de enero de 1946.P.4).

en ambos casos, refiere claramente al desconocimiento de cualquier derecho a competir del opositor. El hecho, preñado de significados, de que los competidores hayan compartido esta característica retórica por encima de todas sus diferencias manifiestas, enseña el tono de discordia facciosa que asumirían todas sus intervenciones públicas en el marco de la campaña. Finalmente, la idea de revancha para con el futuro enemigo derrotado -que se encuentra latente detrás de las ideas enunciadas a través de los imperativos “*sepa el pueblo*” en un caso y “*realizar la reeducación espiritual*” y “*queremos que desaparezca*”, en el siguiente- garantiza con su potencia de fuego simbólica que la campaña constituía, en el entendimiento de sus protagonistas, meramente un episodio de una “guerra” que, sin haberse desatado en el marco de ella, estaba lejos de concluir con su extinción.

En este orden de cosas, era la propia democracia republicana, como sistema político capaz de garantizar la pluralidad y tolerancia entre las alternativas, la que en definitiva se veía puesta en entredicho. Caracterizando, de esta manera, a la campaña electoral de 1946 más como una continuación del enfrentamiento espiralado entre la dictadura militar y la clase media enrolada en los partidos tradicionales, el cual que venía desarrollándose desde la crisis abierta en junio de 1943, que como el bálsamo reparador de la fisura producida por los militares en el orden institucional del país a partir de esa fecha:

HIZO DECLARACIONES A UN CORRESPONSAL EL GENERAL PERÓN...esta es exclusivamente una campaña a favor o en contra de Perón. La oposición grita “Muera Perón” y mis partidarios gritan “Viva Perón”, pero aspiramos a una vida mejor, mientras que ellos defienden una vida agonizante. Estas dos palabras “Muera” y “Viva” simbolizan la diferencia[...].(Los principios. Tapa .1 /02/ 1946).

El rol político de la secretaría de trabajo

A pesar de los ingentes esfuerzos de años por montar un aparato mediático que contrapesara la influencia que tenían los medios liberales sobre la opinión pública, especialmente los diarios nacionales, la dictadura de junio no dejaría de ser una víctima privilegiada de la influencia de los últimos sobre la opinión pública. Esta pesada condición fue heredada por supuesto por su candidato en 1946, quien, si bien en los albores de su carrera política a inicios de 1944 había tenido muchos motivos para agradecer el tratamiento que le dispensaba, durante su campaña debió padecer sin pausa como se asociaba su figura con hechos abominables o se lo definía esencialmente a partir de la imagen de un líder político empeñado en la construcción de un estado totalitario en el país. Frente a este dilema, la comunicación entre los candidatos peronistas y el público imponía extenuantes giras por el interior del país para tomar contacto directamente con sus afiliados convocados por sindicatos o las dependencias provinciales de la secretaría de trabajo. Pero, sobre todo, los condenaba a jugar desde una posición defensiva y explotar los errores no forzados de un enemigo cómodamente instalado en una perspectiva de enunciador privilegiado, con una potencia de fuego casi infinita.

Desde este lugar, la empresa del unionismo se concentró en partir definitivamente la estructura que venía operando desde inicios de 1944 como la espalda institucional del proyecto político peronista, la secretaría de trabajo y previsión:

Esta organización, cuyo titular inviste la jerarquía de ministro de Estado al margen de las prescripciones constitucionales y que ha consumado el apoderamiento de los departamentos de trabajo provinciales, tiene una finalidad específica en su institución: la de velar por el armónico desenvolvimiento entre el capital y el trabajo...en cambio no solo deja de lado sus deberes, sino que se entrega a la organización de sindicatos y hasta prepara el desorden que no otra cosa involucra el consejo de “salir a la calle” (Los principios. P.4. 15/01/1946).

Como podemos certificar en este editorial clerical, los roles políticos de las secretarías de trabajo eran tal vez la primera espina clavada en el costado de la oposición de clase media, y esto era así porque evidentemente era el motor que impulsaba al peronismo como fenómeno político. Esta situación se expuso sin pudores, a propósito de las alternativas vinculadas con la tan adelantada como delicada proclamación del secretario de trabajo, Domingo Mercante, para el cargo de vicepresidente representando al partido laborista:

[...] hemos denunciado con frecuencia la función eminentemente política de la Secretaría de Trabajo. Esa misma denuncia ha sido hecha por el candidato a la vicepresidencia de la república, concretándola en persona del secretario. No se niega su proclamación a la candidatura, pero se afirma que carece de importancia. Y renglón seguido el secretario renuncia para aceptar la candidatura que le ha sido ofrecida...esto sólo sirve de confirmación al hecho mayúsculo: la secretaria de trabajo se fundó para que fuera el comité de la candidatura oficial; tal permite afirmar la acción desarrollada por la repartición” (Los principios. P.4. 18 /01/ 1946).

La descripción es clara y, aunque no carece de fundamentos, presenta más bien una visión simplificada, que sin dudas compartía todo el arco antiperonista. Esta se reflejaba en la incapacidad manifiesta de entender que, si bien la Secretaría de Trabajo era una fenomenal plataforma política, también representaba para el grueso de los trabajadores el primordial reaseguro de que los importantes beneficios logrados en los últimos años se mantendrían. Era por ello que los ataques implacables sobre la institución⁵ le quitaban plausibilidad a las promesas, también innumerables, hechas por los referentes opositores más lúcidos -que entendían mejor el desastre que implicaría avanzar en una campaña que se centrara en contraponer a la clase media con el movimiento obrero-, sobre su voluntad inquebrantable de respetar las conquistas sociales logradas a partir de 1944:

Pasó posteriormente el Dr Sabattini a referirse a la política demagógica del coronel...las conquistas deben ser estables y el radicalismo está dispuesto a ello por cuanto toda su obra y acción se inspira en dos conceptos fundamentales: el respeto a la personalidad humana y el de la lucha continua, sostenida e insobornable contra el privilegio social, por ello los hombres que piensan con el cerebro y el corazón solo podrán encontrar en los hombres radicales democráticos la más amplias garantías para las más legítimas aspiraciones de superación que todos sin excepción tenemos[...] (La voz del Interior. P.7. 18/01/1946).

Las denuncias de EEUU

Finalmente, un tercer tópico de debate se abrió sobre el final de la agitada campaña electoral de 1946. Este sin dudas que fue el menos esperado, porque lejos de partir de los propios participantes de la contienda, sobrevino del exterior y terminó por inclinar las posibilidades de victoria a favor de quien pudiera y supiera exhibir una mayor cercanía con el universo ideológico nacionalista, que tenía a mediados de 1946 una vitalidad plena.

Al igual que su antecesora de setiembre de 1930, la dictadura de junio de 1943 se hizo bajo la admonición de un discurso nacionalista y clerical que venía desenvolviéndose impetuosamente desde finales de la década de 1920 en el país, y que entre otras cosas supo poner contra las cuerdas el tradicional consenso historiográfico liberal que soportaba el entramado institucional decimonónico que había sido nada menos que el origen del Estado nacional. Promoviendo así una nueva interpretación de la historia nacional autodenominada revisionista de gran éxito comercial, que se apuntalaba en la idea de “traición a los intereses populares del país en beneficio de una minoría privilegiada al servicio de potencias extranjeras”, para explicar casi todos los males que acosaban a la sociedad argentina.

Este sustrato cultural había sido la base que cimentó la turbulenta política exterior del régimen militar, que había consistido a partir de 1944 en resistir las presiones de los Estados Unidos tendientes a declarar la guerra al Eje. Hay que recordar que las disputas entre una fracción del Ejército y el gobierno del destituido presidente Castillo respecto de esta cuestión, habían estado formalmente en el principio del gobierno dictatorial. A partir de estos inicios, los militares de junio se vieron imposibilitados de llegar a un entendimiento con las sucesivas y crecientemente agresivas administraciones norteamericanas, empeñadas terminar de encolumnar -por buenas o malas- a la totalidad de los países latinoamericanos en su empresa bélica.

Este tironeo constante con un elenco impedido políticamente de acceder a las demandas de una potencia en camino a la hegemonía global, empeñada en doblegarla a cualquier precio, explica una

⁵ Estos fueron tan intensos hacia finales de enero, que obligaron al gobierno dictatorial a enviar una orden a todas las intervenciones provinciales, para que controlen a sus propios “empleados” de las secretarías, en relación con la orden de abstenerse de “participar en política”. *Los principios*. Jueves 31 de enero de 1946. Tapa.

buena proporción de la dinámica violenta entre la clase media del país y la dictadura de junio, que no tardó en hacer suya la caracterización que se hizo desde el propio Departamento de Estado del país del norte, que la emparentaba sin ambages con una empresa tendiente a construir un Estado totalitario en América Latina.

Si bien el Departamento de Estado se había ocupado del gobierno militar argentino y su principal referente en múltiples ocasiones⁶, la campaña de prensa que comenzó a ser publicada poco antes de las elecciones de febrero de 1946, no tuvo ningún precedente (La voz del interior. P.4. 13/02/1946). Se trató de la aparición textual en todos los medios gráficos del país de una sumatoria de cargos que se hacían a todos los gobiernos argentinos sobrevinidos desde el destituido presidente Castillo, respecto de sus relaciones estrechas con la Alemania nazi y sus representantes diplomáticos⁷. Acusaciones que se proponían sustentar, además, con una profusa descripción de hechos y datos concretos, la hipótesis de que la dictadura de junio constituía una etapa de proyecto totalitario en el país: “[...]desde junio de 1943 hasta el momento actual, han confirmado en el programa del gobierno argentino ciertos métodos y actuaciones de abierto cariz totalitario[.]” (La voz del interior. P.10. 14/02/1946).

La publicación completa y sin tapujos del extenso documento, que se denominaría popularmente “*Libro Azul*” en toda la prensa del país, le quitaba a priori cualquier plausibilidad a la caracterización que hacía de la dictadura, pero además confirmaba plenamente que el eje de la oposición al gobierno y su candidato estaba pasando nada menos que por un agente externo. Hecho por supuesto inadmisibles para una opinión pública ampliamente reactiva a las presiones externas, luego de largos años de una defensa irrestricta por la neutralidad en el principal conflicto bélico de la historia. Adicionalmente, este orden de cosas se vio refrendado simbólicamente con la aparición de los documentos el mismo día que se divulgaba la proclamación del binomio Perón-Quijano en la capital Federal (La voz del interior. P.4. 13/02/1946).

Frente a esta situación inédita, el candidato aludido que parecía ahora salir espectacularmente de las sombras mediáticas por primera vez⁸ para emerger en todas las primeras planas en las referencias que hacían de él los que mayoritariamente se entendían como los principales enemigos externos de la nación, se dispuso a sacar todo el provecho posible de este favor. Hecho nada menos que a propósito de la organización del principal acto de su campaña:

[...] atacó reciamente al adversario político afirmando que la Unión Democrática era el contubernio entre la oligarquía y el comunismo y dedicó la última parte de su discurso atacar enérgicamente la acción desarrollada por el ex embajador de los estados unidos Spruille Braden, aseguró que la obra de Braden había propendido a conquistar al país para la esclavitud al capital extranjero y que para ello había creado la Unión Democrática. Quienes voten a la Unión democrática el 24 –dijo- votaran a Braden. El 24 habrá que votar a Braden o Perón, añadió, y recordando al gran estadista Sáenz Peña. Yo digo al pueblo: Sepa votar...” (ídem)

Este párrafo advierte sobre la excepcional capacidad del orador para adaptarse a un contexto político que demostraba, con la publicación del *libro azul*, ser ya completamente impredecible.

⁶ Ver por ejemplo: *Los principios*. Jueves 27 de julio de 1944. P.4.

⁷ El libro azul incluyó un apéndice con un largo listado de nombres a los que se le imputaba el cargo de ser colaboradores y espías al servicio de los intereses de Alemania: *Los principios*. Jueves 14 de febrero de 1946.P.2.

⁸ En relación con esto, es notable que la oposición haya recurrido repetidamente en sus discursos al eufemismo de “el coronel innominable” para designar de Perón, seguramente como para no romper la cortina mediática que se proponía mantener convenientemente oculta esta figura. *La voz del interior*. Sábado 23 de febrero de 1946.P.7.

Conclusiones

“No sé si nuestra sociedad será bolchevique o fascista. A veces me inclino a creer que lo mejor que se puede hacer es preparar una ensalada rusa que ni dios la entienda.”

“El mal del siglo, la irreligión nos ha destrozado el entendimiento y entonces buscamos fuera de nosotros lo que está en el misterio de nuestra subconciencia. Necesitamos de una religión para salvarnos de la catástrofe que ha caído sobre nuestras cabezas.”
Arlt, 1931:25-58.

La campaña de 1946 dividió a los argentinos entre dos alternativas que se planteaban como mutuamente excluyentes, las cuales no tardaron en proyectarse en los actos de fuerza y arrebatos de violencia que advertimos a lo largo de este trabajo. Aunque este dramatismo no debe llamar al engaño de suponer que las pasiones emergían de una irrefrenable pulsión comunicativa de proyectos sesudamente pensados e ideológicamente consistentes.

Por el contrario, el hincapié en posiciones irreductibles y la cultura del enfrentamiento cuerpo a cuerpo parecieron operar como necesarios disfraces de una carencia propositiva que nacía fundamentalmente de las profundas divisiones que existían en cada uno de los campos respecto de los temas más básicos, como la cultura partidaria, la historia larga o corta de las fuerzas en pugna y sus respectivos objetivos en relación con los opositores, o los mecanismos definitivos de resolución de las querellas internas.

Habiendo realizado estas salvedades y llegados a este punto, es oportuno preguntarnos sobre lo que positivamente se comunicó en esta intensa trama de acciones y reacciones. Abordar esta cuestión implica encarar el problema de las ideologías políticas en el marco de las coyunturas comiciales, como una manera de articular los distintos componentes discursivos identificados hasta el momento. En su trabajo sobre comunicación política e ideología, Aruguete y Riorda, llaman la atención sobre una conformación del fenómeno ideológico, que lejos de describirlo convencionalmente como mero relato coherente, compuesto en una clave épica o histórica, lo explican funcionalmente como un “atajo comunicativo, esencialmente (...) esquemas que reducen el tiempo y el esfuerzo requeridos para sopesar las distintas opciones alternas, y que permiten una decisión racional con información imperfecta e insuficiente...” (Aruguete y Riorda, 2014:35)

Con estas precisiones teóricas, podemos pensar a las ideologías como elementos ineludibles del discurso político, algo así como una estructura significativa básica sin la cual las intervenciones se hacen incomprensibles, tanto para enunciadores como receptores. Esto es así ya que, como toda construcción social, actúan a modo de ingrediente crucial de esquemas significativos o representativos con los que éstos son capaces de entenderse.

De manera que puntualizar en el marco del análisis político los fenómenos ideológicos, implica reconstruir no solo intercambios discursivos, sino exponer configuraciones culturales en las que la comunicación se hace posible. “Se asume que los discursos tienen sentido dentro de una comunidad política que comparte una idiosincrasia y ciertos valores” (Aruguete y Riorda, 2014:39)

Como vimos a lo largo de este trabajo, las redes significativas que definen a la ideología estaban en plena estructuración en la campaña de 1946. Esto fue especialmente visible en los desacuerdos internos sobre rasgos partidarios que debieron afrontar o reprimir los espacios que se dispusieron a rivalizar por el Estado. Estos conflictos intestinos, mostraban a todas luces que las identidades *radicales* y *peronistas* que se coagularían en los años por venir estaban siendo conformadas precisamente en la compulsa con un enemigo que, batallando con los mismos dilemas, apostaba por la acción directa como forma de ganar tiempo. Esencialmente de cara a la apremiante demanda interna y externa por llegar a una expresión taxativa de lo que en últimas instancias se representaba como variante electoral.

En este sentido, la articulación de los distintos componentes discursivos en la campaña de 1946

se tradujo en la comunicación política como un clima de violencia, inmediatez, e impotencia para proyectar propuestas concretas que pudieran alterar o atenuar las dinámicas de enfrentamientos entre los dos sectores en pugna, que venían del fondo de la experiencia dictatorial iniciada en junio de 1943. Es notablemente representativo de este proceso que haya sido un agente externo quien, casi al final de la campaña, haya arriesgado una interpretación definitiva respecto de la identidad ideológica del gobierno que había engendrado la propuesta encabezada por Perón.

Esta apuesta final por caracterizar -en una clave revanchista- a un fenómeno que se proyectaba inconteniblemente hacia el futuro como una propuesta formalmente democrática, como un esquema que el final de la II Guerra Mundial había tornado obsoleto (el Estado fascista), subestimando en el camino a un líder en ciernes que ya había demostrado acabadamente aptitudes para sortear escollos de último momento, puso en ridículo no solo a esta identificación, sino a toda una multiplicidad de intervenciones anteriores, acaso refugiadas en ella como forma de asegurar la resistencia de una clase media movilizadora desde los momentos primigenios de la dictadura de junio.

Esta impertinencia respecto de su víctima de la víspera, que le permitió trasladarse raudamente a una posición de representante y enunciador genuino de los intereses nacionales -y por lo tanto del proceso político que comenzaba a protagonizar exclusivamente- hacia el ocaso, tuvo el efecto devastador de posicionar a sus aliados nativos en el cieno de las imposturas más absolutas.

En esta clave, es como si la dinámica de comunicación política establecida en la crisis institucional que antecedió inmediatamente a la campaña hubiera encontrado en ella el contexto ideal para desplegarse en toda su magnitud. Esta coyuntura privilegió con factores determinantes de éxito a aquellos agentes que, tal vez por haber emergido en su seno, entendieron mejor las dinámicas que proveía, tanto en lo referido a sus limitaciones, como en lo atinente a potencialidades

[...] los otros nos han engañado durante cuarenta años; probemos seis años con este”. Dicen de los que están en trance de ahogarse que se agarran de un clavo ardiendo; el electorado argentino ha tenido en estos comicios la misma actitud: se han prendido de un clavo ardiendo. Los políticos por regla general, sólo se ocuparon de ellos mismos. No decimos que el nuevo líder haga otra cosa; pero ha sabido dar la sensación de ocuparse de los demás. Y en particular de los necesitados. En esto, como en todo, ha aprovechado con criterio táctico, los errores de sus adversarios, y la predisposición a la credulidad del pueblo. Su fuerza de convicción no ha tenido que ser extraordinaria, pues sembraba en terreno bien preparado. Ni siquiera ha inventado nada: ha seguido las huellas de los grandes constructores de posguerra, que escalaron posiciones apoyándose en las necesidades del pueblo y en los errores de sus adversarios. (Los principios. P.4. 16/02/1946).

Para terminar, parece pertinente plantear un último interrogante, ¿por qué valdría la pena estudiar las campañas electorales como coyunturas históricas? Retomando la definición de ideología que presentamos en esta sección, vemos que las pautas de la comunicación política se efectivizan en la acción y que las campañas ofrecen un escenario ideal para rastrear estas intervenciones. Esto es así porque movilizan a los actores políticos, individuales y colectivos, a enunciar los esquemas significativos -por más precarios o provisorios que ellos sean- mediante los que interpretarán sus posiciones presentes y futuras y sobre todo las de sus adversarios.

Las campañas crean un marco de significaciones que en muchos casos se proyectan en el tiempo, delimitando algo así como un campo de sentido común, una *doxa* que se prolonga en el tiempo como una causa decisiva del funcionamiento del sistema político. “Esta creencia política primordial es una ortodoxia, una visión asumida, dominante, que sólo al cabo de las luchas contra las versiones contrarias ha conseguido imponerse” (Bourdieu, 2002:120). En este sentido, la performatividad que señalábamos en la introducción como propiedad distintiva para las contiendas electorales como fenómeno histórico, encuentran una chance de consolidarse en una estructura destinada a operar como sistema de significaciones y modelo de práctica política de largo plazo.

La campaña de 1946 en la Argentina ofreció rasgos ideológicos para los sectores en pugna que se mantendrían por décadas. Estos, como pudimos cotejar, fueron resultado de apuestas por balancear contradicciones internas e intercambios signados por la furia y el enfrentamiento más crispado, antes que propuestas articuladas en la meditación y el reconocimiento mutuo de alternativas destinadas a

garantizar una autoridad política estable. Como resultado de este proceso, las identidades constituidas arrastrarían consigo por décadas el ardoroso contexto histórico que las engendró, condicionando al sistema político argentino a repetir una y otra vez un tan crispado, como estéril por momentos, debate como el llevado adelante en el cadente inicio de 1946.

Bibliografía

Arendt, H. (2006). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.

Aruguete, N. & Riorda, M. (2014). ¿Ideología u homogeneización? Un análisis de las campañas electorales de Argentina, México y Venezuela. *Revista Mexicana de Opinión Pública*. ISSN 1870-7300.

Arlt, R. (1931). *Los siete locos*. Centro editor de cultura.

Bourdieu, P. (2002). *Razones prácticas*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Luna, F. (1984). *El 45*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Sahalins, M. (1997). *Islas de historia*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Tcach, C. (2006). *Sabatinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1946)*. Córdoba: Editorial Biblos.

Tcach, C. & Philp, M. (2010). *Estado y partido peronista en Córdoba: una interpretación*. En: C. Tcach (coord.), *Córdoba Bicentenario: claves de su historia contemporánea*, (pp. 249-272). Córdoba: Centro de Estudios Avanzados y Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.

Documentos citados

Los principios. Tapa. 23 /02/ 1946

Los principios. P. 4. 3 /01/ 1946.

Los principios. Tapa. 8 /01/ 1946.

La voz del interior. P.4.29 /01/1946

La voz del interior. P.5. 18 /02/ 1946.

Los principios. P.2.13 /02/ 1946

Los principios. Tapa .1 /02/ 1946.

Los principios. P.4. 15 /01/ 1946

Los principios. P.4. 18 /01/ 1946

La voz del interior. P.7. 18/01/1946

La voz del interior. P.10. 14 /02/ 1946.

La voz del interior. P.4. 13 /02/ 1946

Los principios. P.4. 16 /02/ 1946

Sobre el autor

Esteban Chatelain

estebanchatelain@gmail.com

Profesor en historia, egresado de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Licenciado en historia, egresado de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Estudiante de la maestría en Partidos Políticos del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.